

PUNTO SEGUNDO.—*Como el Salvador nos sacrifica su reputación.*—La pierde por entero. ¿Qué ha sido de su sabiduría?... ¿Y su poder? ¿Y su penetración? ¿Y su virtud? La pierde por todas partes. Su difamación se extiende más que lo había sido su renombre. El mundo entero es en cierto modo testigo de sus oprobios.—Esta difamación está revestida de las formas más aterradoras. Es condenado en todos los tribunales: los doctores de la ley, los pontífices, Herodes, Pilato, todo el pueblo le condena y aun en cierta manera también es condenado por sus propios discípulos.

PUNTO TERCERO.—*Con qué paciencia nos hace Jesús este sacrificio.* Cuando se recuerda lo que El es, causa asombro no ver á todas las criaturas armarse para vengar su honor. Se querría al menos que antes de morir hiciese brillar su inocencia. Perdona y calla. ¡Oh silencio adorable! ¡Cómo reprenden nuestras murmuraciones y quejas por miedo que se ataque nuestro honor!...

MEDITACIÓN LXXXV

Jesucristo en casa de Caifás.—Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar la acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Jesús es interrogado por el sumo sacerdote; al responder recibe una terrible bofetada. Interrogado nuevamente y obligado en nombre del Dios vivo á decir si es verdaderamente su Hijo, El lo afirma y dice que aquellos que ahora le juzgan serán un día juzgados por El.... El Pontífice rasga sus vestiduras. Todos unánimemente declaran que es digno de muerte: después lo entregaron á los insolentes soldados para que se mofaran de El en el resto de la noche (1).

(1) Joan., XVIII.—Marc., XIV.

SEGUNDO PRELUDIO.—Representaos la sala del consejo á todos los príncipes de los sacerdotes, un gran número de escribas y fariseos reunidos en asamblea: colocaos en un lugar desde el cual podáis verlo y entenderlo todo.

TERCER PRELUDIO.—Pedid perdón á Jesucristo de todas las afrentas que por vosotros sufrió en su Pasión y principalmente en aquella espantosa noche que pasó en la casa de Caifás. Pedidle que incline vuestro corazón al amor de los desprecios, ó al menos que os haga sobrellevar con paciencia ante esa consideración lo que El buscó ardientemente por amor vuestro.

PUNTO I

Contemplar las personas

Los jueces, los encargados de la ley reunidos en audiencia; la sala se halla repleta.—El soberano Pontífice, vestido con la mayor magnificencia, está en su trono atento para hacer respetar su dignidad.... Su aspecto y ademanes revelan ora la impaciencia, ora la hipocresía ó su soberano orgullo.—Los príncipes de los sacerdotes, los escribas, todos los que deben administrar justicia ocupan ya sus respectivos puestos y dan muestra de estar complacidos.... Un arranque de alegría se manifiesta en la asamblea, una feroz satisfacción se ve dibujada en todos los semblantes cuando el adorable y supuesto criminal es introducido, cargado de cadenas y rodeado de guardias. Mirad á Jesús el Santo por excelencia, la santidad misma, conducido al banco de los acusados.... Lo atan con rigor y con todas aquellas precauciones que suelen tomarse cuando se trata de un gran malhechor, que largo tiempo se han hecho temer.... Sin embargo conserva la mansedumbre del cordero; su continente respira la más noble modestia, y todas sus miradas la más perfecta tranquilidad. Observad también en aquella sala á los criados y soldados que le miran

con insolente curiosidad; y á los falsos testigos que estudian la manera de dar feliz remate á su infame trama.—Estas diferentes fisonomías son el fiel retrato de almas endurecidas por los crímenes, agitadas por las más violentas pasiones y en ellos se descubre toda la rabia del infierno.... ¡Qué contraste con el alma de Jesucristo tan pura y tranquila, tan llena de caridad hacia nosotros!

PUNTOS II y III

Escuchar las palabras y considerar las acciones. El sumo sacerdote pregunta á Jesús por sus discípulos y por su doctrina

Durante los tres años que Jesús había enseñado públicamente, solían á menudo los jueces buscar la manera de sorprenderle proponiéndole multitud de cuestiones capciosas. Siempre habían admirado su doctrina, jamás se habían quejado de ella.... *Jesús responde que El ha hablado en público, que nada ha dicho en secreto; que pregunte por consiguiente á los que le han escuchado....* Semejante contestación es exclusiva de la misma Sabiduría. Su respuesta no tiene réplica; y sin embargo, un criado brutal, para adular á los jueces, ultrajando á Aquel á quien ellos se habían propuesto perder, le da una bofetada, pretendiendo darle al par una lección: *¿Así respondes al Pontífice?*

¡He ahí, pues, deshonrado con una bofetada aquel rostro adorable en cuya vista consistirá la eterna felicidad de los Santos! Cuando uno considera que es El el Todopoderoso, el Rey de los reyes, el supremo Juez de los vivos y de los muertos y que recibe semejante afrenta, de quién, en qué lugar, y por qué,..... nos preguntamos á nosotros mismos, cómo la mano sacrilega que osó profanar aquel sagrado rostro no se haya secado en el mismo instante ó cómo no haya quedado este miserable inmediatamente aniquilado... ¡Oh buen Jesús! Vos queréis sufrir un tratamiento

tan indigno para expiar nuestro orgullo, para detener nuestro airado brazo cuando nos vemos heridos en nuestra honra; para que vuestros ministros, imitando vuestro ejemplo, humillen su frente á los ultrajes y prosigan por medio de las humillaciones; la obra de salvación que Vos habéis comenzado con la vuestra....; y Vos lo hubierais soportado en silencio, sino hubiera ido acompañado de un reproche que sólo vuestra sabiduría podía contestar.

Si he hablado mal, da testimonio del mal, pero si hablé bien, ¿por qué me hieres? Jesús debía semejante respuesta á su justificación; la sospecha de que El hubiera hablado imprudentemente, no era justo que quedara ni en el ánimo de los jueces, ni en la historia de su Pasión. Debía servir también para nuestra instrucción; pues convenía que aprendiéramos que una respuesta dulce y meditada, nada quita al mérito de la paciencia; que debemos siempre respetar la autoridad, y manifestar públicamente que la respetamos. Era también necesaria para confusión de sus enemigos, demostrando así su inocencia, su caridad y mansedumbre con la justicia, y el arrebató y violencia de los que le juzgaban.

Muchos falsos testigos se presentan sin poder llegar nunca á un común acuerdo...., El sumo sacerdote impaciente se levanta: *¿Nada respondes, le dice, á lo que estos deponen contra tí? Pero Jesús callaba.* ¡Cuán elocuente y heroico es este silencio! Os ha de costar la vida ¡oh Señor! el no hablar y quedaros callado. También os costará la vida si habláis y nada os podrá determinar á conservar la verdad cautiva. Es que en todas las cosas sólo consultáis vuestro celo por la gloria de vuestro Padre, y vuestro amor hacia nosotros. ¿Por qué justificaros en este momento, si estáis expiando nuestras falsas justificaciones y los crímenes que habemos cometido? Sabéis de antemano la aureola de gloria que el Supremo Juez os tiene reservada. ¡Ah! cuán poco se me daría de ser condenado por los hombres, si recordara que sus injusticias sufridas con paciencia, han de ser

para mí ante Vos manantial de gloria y bienaventuranza.

El sumo sacerdote de nuevo le interroga: *Yo os conjuro en el nombre de Dios vivo, que nos digáis si sois vos el Cristo, Hijo de Dios eternamente bendecido* (1)... ¡Oh alma mía! presta atención: escucha con respeto la respuesta del Rey de los mártires, dando El mismo testimonio de su Divinidad, y presentándolo sacado de su misma Sangre: *Vosotros lo habéis dicho, lo soy; más aún; yo os declaro que veréis á este mismo Hijo del hombre que os está hablando, sentado á la derecha de Dios Todopoderoso, venir sobre las nubes del Cielo.* ¡Lenguaje resuelto y digno de la majestad de un Dios! Meditémoslo profundamente: «Puesto que vos empleáis el augusto nombre de mi Padre para obligarme á romper el silencio, Yo hablaré y diré mucho más de lo que vos quisiérais escuchar. He callado como un cordero, y ahora hablaré con el rugido del león. Una de estas cualidades no excluye la otra. No confundáis los dos advenimientos del Mesías. Los profetas que han predicho las humillaciones del primero, predijeron también la gloria del segundo. Ahora triunfáis; pero atended: vendrá un día en que veréis á ese mismo Hijo del hombre á quien vosotros váis á juzgar, sentado á la derecha de su Padre, viniendo sobre las nubes para juzgar á todos los hombres.»

¡Oh buen Jesús! os adoro como el verdadero Hijo de Dios eternamente vivo, mi Salvador y Maestro! Recibid los homenajes de un corazón que es todo vuestro; pero ¡ay! ¡cuán caro os ha costado! ¿Cuál será para Vos la consecuencia de una declaración que debería hacer temblar á sus jueces impíos y sacrílegos?—Apenas la hubo pronunciado cuando Caifás rasga sus vestiduras y exclama: *Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos de testigos? vosotros mismos habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece?....* Todos respondieron: *Reo es de muerte.* Sí, Jesús merece la muerte porque ha cargado sobre sí la deuda de los pecado-

(1) Matth., XXVI, 63.—Marc., XIV, 61.

res.... El morirá para librarme á mí de la muerte eterna; ¿qué menos puedo hacer que vivir por El?

Los jueces se retiran. Dentro de la sala queda solamente nuestro Salvador, rodeado de rabiosos lobos y crueles criados que le miran con aire insultante y se preparan á dirigirle toda clase de ultrajes.

Imaginémonos un rey hecho prisionero que el tirano vencedor abandona á los furiosos del populacho vil, con esta sola recomendación: *No le quitéis la vida; pues le tengo reservado un gran suplicio.* Jesucristo fué tratado como lo fuera este desdichado príncipe. La casa de Caifás dice S. Juan Crisóstomo, era una especie de infierno; cada uno de los que en ella vivía era un verdugo; y cada verdugo un demonio en forma humana.... *En tanto todos le escupen en el rostro.... y los que le guardaban se mofaban de El hiriéndole; y habiéndole vendado los ojos le golpeaban diciendo: Cristo, adivina quien te dió.... Y le denostaban todavía con otras injurias y blasfemias* (1). Todo aquel cúmulo de demonios vivos se animan mutuamente. Hay entre ellos satánica emulación para dirigirle los mayores insultos y para ver quien se mostrará más insolente y cruel. Su paciencia los irrita, su mansedumbre redobla su coraje. Y sólo pondrá fin á este bárbaro juego la alborada del día siguiente.

¡Oh Sacerdotes! ¿qué haréis para demostrar á Jesucristo cuán conmovido se halla vuestro corazón ante semejantes sufrimientos, y cuán arrepentido os halláis de haber sido la causa de tantos oprobios? Adoradle, amadle, imitadle y no descuidéis medio alguno de procurarle todos los homenajes que merece. Respetad y haced respetar á ese Dios Salvador, en su Nombre, en sus imágenes, pero sobre todo en su adorable Sacramento del altar. Jesús se halla cerca de vos bajo las especies eucarísticas.... ¡Ah! ¡Cuán ultrajado es todavía! Tenéis en el Tabernáculo de vuestra iglesia á este divino Corazón que tanto amó

(1) Matth., XXVI, 67.—Luc., XXII, 63.

á los hombres, y cuya ternura y caridad para con nosotros son las mismas que durante su vida mortal. Ahora como entonces pide nuestro amor y que le imitemos. Si nuestro celo para defender sus intereses nos acarrea persecuciones y menosprecios, ¿qué gloria podremos nosotros preferir á las humillaciones, después que El mismo prefirió por nosotros tantos ultrajes á la gloria que le era debida?

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—Los jueces, los encargados de la ley reunidos en audiencia.— El soberano pontífice, su fiereza, su aire de satisfacción.—Los príncipes de los sacerdotes, los escribas.... Una feroz complacencia se dibuja sobre todos los rostros.—Jesús, el Hijo de Dios.... en el banco de los acusados.... cargado de cadenas.... Todo en El respira dulzura é inocencia.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—El pontífice le pregunta sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Respuesta llena de sabiduría, y cuyo premio es una bofetada.... ¿Quién recibe esta afrenta? ¿Dónde la recibe? ¿De quién? ¿Por qué?.... ¡Y esta mano sacrilega no se seca al momento!.... *Si he hablado mal, da testimonio del mal.* Jesús daba esta respuesta para su justificación, para nuestra enseñanza y para confusión de sus enemigos. Las acusaciones se multiplican, Jesús calla. Sólo romperá el silencio para la gloria de su Padre, cuando se le conjure en nombre de Dios vivo á declarar si El es su Hijo: «Sí, lo soy, y vosotros veréis al Hijo del hombre, bajar del Cielo para juzgar al mundo.»—Caifás rasgó sus vestiduras: *Ha blasfemado, reo es de muerte....* Toda la asamblea aplaude esta sentencia. ¿Qué harás tú ¡oh alma mía! para demostrar á Jesús cuánto compadece lo que ha sufrido por tí, y cuán arrepentida te hallas de haber sido causa de tantos oprobios?

MEDITACIÓN LXXXVI

Jesucristo en la corte de Herodes.—Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—«Grande fué la alegría de Herodes al ver á Jesús, porque hacía ya largo tiempo que anhelaba conocerle, pues había oído decir muchas cosas de El y esperaba con ansia verle hacer algún milagro. Por consiguiente le propuso varias cuestiones á las cuales Jesucristo no dió respuesta alguna. Mientras tanto los príncipes de los sacerdotes y los escribas multiplicaban las acusaciones. Herodes, con toda su corte desprecia al adorable Cautivo y lo hace revestir por befa de una túnica blanca, y lo envía de nuevo á Pilatos.» (1)

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse las calles de Jerusalén, el palacio de Herodes, y la sala donde introducen al Salvador; todo es suntuoso en esta corte, allí reina el lujo y la molicie.

TERCER PRELUDIO.—Rogar á Dios que nos haga conocer la locura de la sabiduría humana, que nos llene de menosprecio por el mundo y por lo que él estima; y que por el contrario nos haga amar y buscar solamente aquello que Jesús ha amado y buscado.

PUNTO I

Contemplar las personas

Herodes, sobre su trono, rodeado de cortesanos. Es un príncipe astuto, artificioso, lleno de vanidad, flotando siempre entre la incredulidad y la religión. El

(1) Luc., XXIII, 8.

júbilo se ve dibujado en su rostro al arribo de Jesucristo. Deseaba verle, no ya para instruirse en la escuela de Aquel á quien muchos reconocían por el Mesías, sino para poner á prueba su poder y sabiduría. Espera ver satisfecha su curiosidad; su orgullo lo está ya, puesto que tiene entre sus manos el porvenir de aquel Jesús tan renombrado en Israel.—En derredor del rey se halla esa turba de oficiales, guardias, servidores y cortesanos, sabios del mundo, espíritus ligeros, complacientes, siempre dispuestos á adular las pasiones de su señor, y que no tienen como él otra religión que el deleite y pasatiempo.—Detrás del Salvador los que lo han conducido, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que vienen para sostener la acusación; parece que temen el resultado de un nuevo examen ante un juez favorable al acusado, y que conociendo las profecías podía dejarse convencer por Jesús, si este trataba de justificarse.—Contemplad sobre todo al adorable Cautivo que no rehúsa ningún tribunal, que quiere ser humillado y condenado por todos, para consuelo de sus discípulos, para quienes el mundo no será más justo que para con El mismo. ¡En qué estado comparece en medio de esa corte! Se halla siempre cargado de cadenas..... Su aspecto revela la fatiga y el sufrimiento, pero no la turbación y la inquietud.—Debajo de Este que vuestros ojos están mirando, considerad á Dios Padre y á todos los ángeles atentos á un espectáculo no tan interesante para el Cielo como para la tierra. No perdáis un ápice de todo lo que va á pasar.

PUNTOS II y III

Escuchar las palabras y considerar las acciones

Herodes, pues, propuso á Jesús varias cuestiones: *Interrogabat eum multis sermonibus* (1). Le preguntaría probablemente sobre su persona, sobre su misión,

(1) Luc., XXIII, 9.

sobre su doctrina, sobre sus milagros, manifestando el deseo de ser testigo de algún prodigio. Quiere sondearle y penetrarle á fin de dar de El un juicio que haga honor á su pretendida sabiduría.—*At ipse nihil illi respondebat*. Cuando menos respondía Jesús, tanto más insistía Herodes en sus preguntas, para obligarle al fin á explicarse. Todo fué inútil. Jesús no le dijo ni siquiera por qué rehusara responderle; se contentó con castigar con el silencio su orgullosa presunción. Contemplad detenidamente la divina Sabiduría encarnada, en presencia de la sabiduría humana á la cual condena y confunde.

La mansedumbre, la tranquilidad de Jesús en medio de tantos ultrajes, su noble indiferencia por todo aquello que los hombres más estiman, la vida y el honor, eran sin duda grandes milagros: ¿no era menester acaso ser algo más que un hombre para despreciar con tanta calma aquello que los demás hombres aman con pasión? Pero Herodes no penetra este misterio. Cuanto más considera á Jesucristo según sus erróneas ideas, menos lo comprende y se encuentra siempre más envuelto en sus tinieblas: *Perdam sapientiam sapientium* (1). Juzga su silencio por estupidez, su paciencia por insensibilidad, su inacción por debilidad é impotencia. Dice de Jesús que es un necio. Lo desprecia y lo hace despreciar: *Sprevit illum Herodes cum exercitu suo, et illusit indutum veste alba*.

¿Quién podrá explicar el insulto é irrisión que expresan estas dos palabras: *Sprevit, illusit*? Todo lo que inventó el orgullo irritado del príncipe, para tomar venganza por no haber podido obtener ni un milagro, ni siquiera una palabra. ¡Cuán feliz le parece la idea de la ropa blanca que ha de deshorrar á Jesús, no sólo ante su corte, sino también ante el pueblo entero! El Salvador se deja cubrir con esta ignominiosa vestidura para animarnos á sufrirlo todo por El, y enseñarnos á despreciar los menosprecios del mundo.....—*Cum exercitu suo*; Herodes había pro-

(1) I Cor., I, 19.

puesto sus capciosas cuestiones dejadas sin respuesta en presencia de ese innumerable cortejo; la esperanza de sus cortesanos se había desvanecido lo mismo que la suya. Cuando le vieron se mofaron de Jesús, apresurándose á seguir su ejemplo. Aplauden la sagacidad de su maestro y juzgan como él: «Creían que se les hubiera enviado á la corte á un criminal y se encuentran con un loco; ¿qué otra cosa podrán hacer que divertirse de él...?» Escuchemos estas insolentes habladurías, la gritería, las desacomodadas risas por las cuales se halla puesto en el ridículo el pretendido Mesías y la credulidad popular... —*Et remisit ad Pilatum...* ¿Qué es lo que pasa en el espíritu del pueblo, que espera fuera del palacio la conclusión del drama, cuando ve comparecer á Jesús en el humillante estado en que el Sagrado Texto nos lo presenta: *Indutum veste alba*? Aquellos mismos que le habían conservado tanto cariño ¿se verán libres de ese sentimiento de menosprecio? Este traje revela sin duda alguna mejor que todo otro razonamiento el juicio que formaron de Jesús el príncipe y los grandes de su reino: «Mirad á vuestro Dios durante el trayecto del palacio de Herodes al pretorio. Camina con los ojos bajos y con el rostro lleno de confusión; oye la gritería, las injurias y sarcasmos y quizás se vea obligado á recibir las mil inmundicias que le arrojan» (1).

Adorad á Jesucristo con sus ángeles en el máximo de las humillaciones con las cuales oculta su Divinidad. ¡Oh Salvador mío! resplandeciente lumbrera de este mundo Vos me habéis abierto los ojos, y comprendo finalmente que para comparecer sabio delante de Dios es menester ser tenido por loco delante del mundo insensato. Busqué la sabiduría, y dije: ¿Dónde está? (2). No se halla sin duda en la tierra de los que viven en medio de los deleites (3); el

(1) S. Bonav., C. 76, Med. Pass.

(2) *Sapientia ubi invenitur?* (Job., XXVIII, 13).

(3) *Non invenitur in terra suaviter viventium.* (Ibid., XII).

mundo sensual y voluptuoso no la puede conocer. No se halla tampoco en la ciencia de los soberbios (1).... Ella se halla oculta bajo este manto de la ignominia; allí me ocultaré también yo, para aprender vuestras lecciones ¡oh verdad infinita! y diré: ¡Dichosos aquellos á quienes el mundo desprecia!

PROPÓSITO. Combatir en todo las máximas de la sabiduría humana. Recibir los juicios del mundo como materia de honor y menosprecio. *Aut mundus errat, aut Christus fallitur* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—Herodes sentado en su trono. Deseaba ver á Jesús, no ya para instruirse en su escuela, sino para poner á prueba su sabiduría y su poder.—En torno suyo multitud de oficiales y cortesanos.... —Con Jesús ni un solo amigo, sólo los guardas y acusadores.—Contemplad en manera especial al adorable Salvador, que quiere en todas partes ser humillado y condenado. Sus acciones retratan el sufrimiento, pero no la turbación.—Mirad tras los objetos que hieren vuestros sentidos á Dios y á todos los ángeles presenciando un espectáculo que interesa no tanto al Cielo como á la tierra.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—Herodes propone á Jesús varias cuestiones. Quiere sondear y penetrar su interior.... Pero Jesús calla. La Sabiduría Divina se halla frente á la sabiduría humana, á la cual condena y confunde con su silencio. Herodes declara que Jesús es un loco, y lo entrega á la irrisión del pueblo. Lo envía á Pilatos. Mirad á vuestro Dios: camina con los ojos bajos, el rubor vela su frente.... Adorable en la profundidad de las humillaciones, bajo las cuales oculta su Divinidad.—Combatir en todo la sabiduría del mundo.

(1) *Confiteor tibi, Pater..., quod abscondisti hac a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.* (Luc., X, 21).

(2) S. Ber.